

ARGUMENTO Y EXPLICACIÓN
DE
LA HOSTERÍA DEL LAUREL



DON VICENTE LLEÓ

AUTOR DE LA MÚSICA . .

Precio, 10 cénts.

ARGUMENTO Y EXPLICACION

DE

LA HOSTERIA DEL LAUREL



DON VICENTE LLEO

AUTOR DE LA OBRA

Precio, 10 cént.

ARGUMENTO Y EXPLICACIÓN

DE

LA HOSTERÍA DEL LAUREL

Zarzuela en un acto, dividida en tres cuadros

Original la letra de los señores

PASO y ABATI

Música del maestro

DON VICENTE LLEÓ



Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO CÓMICO
(Madrid) el 26 de Abril de 1907.



MADRID
TIPOGRAFIA UNIVERSAL

Cabestreros, núm. 5.


1907

REPARTO

Personajes.	Actores.
ELENA.	Srta. Fons.
LA MADRILEÑA.	Sra. Manso.
BRASILEÑA	Srta. Trujillo.
MARMITÓN.	» Andrés.
BRASILEÑA.	»
PREGUNTONA 3. ^a	»
MARMITÓN.	» S. Jiménez.
BRASILEÑA.	»
PREGUNTONA 2. ^a	»
EL ROM.	» Sigler.
MARMITÓN.	»
UNA FREGONA.	Sra. Pinós.
UN SORBETE.	»
NEREIDA.	Srta. Blasco.
EL ROM.	»
LA DEL VIOLÍN.	» Revilla.
EL ROM.	»
UN SORBETE.	» Santa Cruz.
OTRO IDEM.	» Diaz.
DOÑA FERNANDA.	Sra. Bustos.
DOÑA HELIODORA.	Srta. Catalán.
OLAVIDE.	Sr. Ontiveros.
DON ALEJANDRO.	» Gamero.
CLAUDIO.	» Vera.
TOMÁS.	» Fuentes.
LÚCULO.	» Mariner.
DON ABUNDIO.	»
DON FACUNDO.	» Sirvent.
DON ABDÓN.	» Tovares.
DON ISIDRO.	» Morilla.
EL TÍO DE LOS CUADROS.	» Montes.
UN VENDEDOR.	» Del Valle.
PARROQUIANO 1. ^o	» De Francisco.
IDEM 2. ^o	» Nieto.

Coro general.

Tres decoraciones nuevas del reputado escenógrafo Sr. Muriel.



LA HOSTERÍA DEL LAUREL

CUADRO PRIMERO

Sala de un restaurant. Puertas laterales. Balcón al fondo. Distribuidas por la escena varias mesas, ocupadas por distintos parroquianos. Un terceto de señoritas ameniza con piano y violines la comida.

Comienza la obra con el siguiente cantable.

Música.

- Fernan.^a Niña, no te absorte
con la musiquita
y ponte merluzo.
- Niña. No me gusta frita.
- Abundio. ¿Ve usted esa muchacha
que toca el violín?
Pues es la viuda
de Pepe Florín.
- Abdón. ¿De aquel arquitecto
tan feo?
- Abundio. Cabal.
- Abdón. ¿Y que hace ahora ella?

Abundio. Pues ahora, tocar.
Pues á esa chiquilla
le tengo yo ley.

Isidro. ¿De qué es hoy la sopa?

Tomás. De rabo de buey.

Abdón. Lo que usted piensa
es un disparate.

Isidro. Me los traes revueltos
con muchos tomates.

(*Voz dentro.*) Tomate, niño, tomate;
cómprame unos tomatitos.

Isidro. (*Recitado.*) ¡Esto es ya abusar!

¡Los huevos con tomates!

¡La carne con tomates!

¡La ensalada con tomates!

¡Y esa fregona con tomates!

Fernan.^a ¡Oh, cómo me encanta
éste pichicato!

¡Nereida, no metas
la manga en el plato!

(*Entran un golfo y una golfa.*)

Golfa.—Señor, deme usted un cachito de carne,
que desde que nací no la he visto más que
colgá.

Golfo.—Ese cuzcurrito na más, que si la jambre
hablara, era yo Maura.

Golfa.—Cuarquier cosa pa engañar el estómago.

Terminado este cantable, van desfilando por
la escena distintos tipos: *el tío de los cuadros*,
un vendedor, que con monótono acento ofrece
el almanaque de los novios, oráculos y otros
libros interesantes.

Don Abundio extrañase de lo abundante de
la ración de fruta que le presenta el camarero;
éste le manifiesta que tiene orden de la dueña

del establecimiento de que se ofrezca en gran abundancia dicha clase de postre.

Oyese en el interior ruido de vajilla rota, y por el mozo sabemos que el dueño de la casa es un tío para eso de romper platos, y no hay cacharro que pase por su mano que no vaya á estrellarse contra el suelo.

¡La verdad que la señora con su manía de la fruta y el señor con la suya de hacer trizas los cacharros van á labrar su propia ruina!

Aparece don Alejandro y encarga al mozo que avise en la cacharrería para que venga la muchacha con media docena de platos soperos.

Por otra parte, doña Olegaria comisiona á otro mozo para que el chico de la frutería suba en persona dos kilos más de fruta.

Entra en escena Olavide, un pobre hombre que vive casi de milagro.

Por él descubrimos el misterio de la fruta y de los platos rotos.

Don Alejandro rompe adrede los platos para ver con frecuencia á la cacharrera; una chiquilla que le tiene atortolado.

Doña Olegaria quiere que se consuma mucha fruta, porque la pobre señora bebe los vientos por el frutero; un chico algo feo, pero que ha logrado interesar el amojamado corazón de la vieja.

Olavide, con el propósito de que le conviden á comer, viene resuelto á decir á uno y otro esposo, que sus adorados tormentos están ya si *caen ó no caen*.

¡Oh, decepción! En su alegría, uno y otro esposo no paran mientes en el apetito del pobre Olavide, y le asesinan cariñosamente, haciéndole tomar un vermouthe tras otro.

También la presencia de Olavide nos pone en

autos de que muy en breve se efectuará la reapertura de *La hostería del Laurel*, café modernista-sicalíptico, en el que á juzgar por el prospecto, allí se vá á pasar la vida en alegría perpetua.

Bueno es advertir que don Alejandro y doña Olegaria tienen su plan para tener muy cerca al objeto de sus amores.

La cacharrera que, dicho sea de paso, tiene gran afición al teatro, debutará en el nuevo café como coupletista.

El frutero entrará en la casa como jefe de cocina, pues aunque nada sabe de arte culinario, la dueña del restaurant le ha enviado un Manual para que vaya instruyéndose.

En una escena entre Elena, la joven cacharrera, y Claudio, el rubicundo frutero, recrimínale éste, porque ha sabido que quiere hacerse *divette*; pero ella aplaca sus furoros cantando un originalísimo *couplet*, que vuelve tarumba al enamorado mancebo.

Dice así el cantable:

Música.

Elena. El alcalde presidente,
de las calles no hace caso,
y en cayendo cuatro gotas
no se puede dar un paso;
y la moza que es limpia
y no quiere llenarse de barro,
se coge así atrás,
y por culpa del señor alcalde,
enseña contornos
que no *quie* enseñar.

Olavide. A verlos

Claudio. ¡De qué!

Mozo. *Si vu ple.*

Elena. Cuando llueve
yo me recojo así,
y si aprieta, subo,
sin pasar de aquí.
Los dos. ¡Ay, qué morbidez!
¡Ay, qué pantalón!
¡Ay, Dios mío,
qué falta está haciendo
un día sí y otro no
un chaparrón.

Elena. Con la moda que ahora reina,
hay que hacerse los vestidos
por detrás y por delante
entallados y ceñidos.
Y la chica que es seria y honesta,
si va con la moda, que es lo natural,
mientras dure la moda, ya sabe
que por ciertos sitios no puede engordar.

Olavide. ¿Por dónde?

Claudio. ¡Ya lo sé!

Elena. ¡Calle usted!

Yo me sé ceñir
sin exagerar,
dibujándome poco,
como es natural.

Los dos. ¡Ay, qué redondez!
¡Ay, qué ondulación!
¡Ay, Dios mío,
qué modas nos vienen
de París, de Berlín
y Londres!

Olavide, que teme puedan comprometerle los
amorosos transportes de los muchachos, pro-
cura desaparezcán de escena.

Aparece doña Olegaria, que riñe como siem-

pre á los mozos, porque, fiel á su manía, escatiman la fruta en el servicio. Examina la que contienen los fruteros, y en el colmo de la indignación, arroja á la calle toda la fruta, que viene á caer encima de dos transeuntes, que, ciegos de ira, suben al restaurant dispuestos á armar un escándalo.

Don Alejandro recrimina á su esposa por su imprevisión, y ciego de ira, estrella en el pavimento pilas enteras de platos, en cuya faena le ayuda con ardoroso entusiasmo Olavide, que, si le dejan, es capaz de hacer añicos todo el mobiliario, por si logra así complacer á don Alejandro y obtener el tan codiciado banquete.

CUADRO SEGUNDO

Cocina de un café. Puerta al fondo.

Claudio, por obra y gracia de doña Olegaria, es el cocinero del restaurant y jefe de tres marmitones, que no salen de su asombro, ante la disparatada dirección del nuevo émulo de Savarine.

Claudio procura, leyendo y releyendo el «Manual de Cocina», instruirse en los guisos; pero sin duda, de la teoría á la práctica hay una distancia enorme, pues los mozos se lamentan de que la parroquia está indignada con el nuevo cocinero.

Como es el día de apertura del café, el dueño ha invitado á cenar á los periodistas, y para ellos pide uno de los mozos langostinos á la vinagreta.

Este plato motiva el siguiente cuarteto:

M ú s i c a .

Claudio. Con ajo machacado,
cebolla y perejil,
aceite, sal, vinagre,
y yo no se que más,
se baten y se juntan
después en la salsa
y sale vinagreta
según el «Manual».

Marmit. Con ajo machacado,
cebolla y perejil,
aceite, sal, vinagre
y yo no sé que más,
se baten y se juntan
después en la salsa
y sale vinagreta
según el «Manual».

Claudio. Pues á batir y á machacar.

Marmit. A machacar y usted á batir,
que si no sale la vinagreta,
algo tiene que salir.

Claudio. ¡Ya veréis como sale este cura
con la Guardia civil!

Marmit. ¡Cómo me gustan los langostinos,
vaya un platito para una mesa,
ya me lo sirvan con esta salsa
ó me los sirvan con mayonesa,
que es más espesa.

Claudio. A batir.

Marmitón. A batir.

Claudio. A machacar.

Marmitón. A machacar.

Claudio. Y llevarme el compás de una jota,
pues voy á cantar.

—

Me enterao que esta noche

te dijo que no la Paca,
si quieres conseguir algo,
machaca, niño, machaca.

Los tres. Que de esta manera
se puede en el mundo
lograr lo que quieras.
Machaca, machaca,
que en esta ocasión,
no te dirá nadie
que eres machacón.

Claudio. Si se casa tu vecina
y vá por la noche á casa
y duerme pared por medio,
machaca, niño, machaca.

Los tres. Que de esta manera
se puede en el mundo
lograr lo que quieras.
Machaca, machaca,
que en esta ocasión,
no te dirá nadie
que eres machacón.

Olavide hace frecuentes visitas á la cocina para que le completen el contenido del plato que le acaban de servir, y que no responde á las exigencias de su estómago.

Sucede á esta una escena entre Claudio y doña Olegaria, que aprovecha los instantes para confesar al mozo su arrebatadora pasión.

Solo ya Claudio, y al enterarse de que Elena está ya vestida y que debutará dentro de pocos momentos, aprovecha la presencia de Olavide para obligarle á que se vista con su delantal y su gorro, y *parte veloz* en busca de su adorada.

El *éxtasis* gastronómico de Olavide lo inte-

rumpe doña Olegaria, que acude con propósito de abrazar al frutero.

Al ver que no es éste, desmáysase en brazos de Olavide, mientras en la puerta del fondo don Alejandro procura contener á los parroquianos, que bajan indignados, pidiendo venganza contra el cocinero criminal, que, por lo visto, lleva ánimo de envenenar á toda la clientela.

Quedan las figuras en cuadro ingenioso, simulacro cómico del célebre lienzo *La campana de Huesca*.

CUADRO TERCERO

Gran café, decorado sicalípticamente. Hileras de mesas, y en ellas parroquianos y parroquianas.

Entran en escena cuatro brasileñas, portadoras de servicios de café. Siguen á estas cuatro negritas, dispuestas á servir rom, y cuatro jóvenes, que, fantásticamente, representan los helados. Todas ellas cantan números alusivos al papel que desempeñan.

Termina el cantable con un desfile de chulas madrileñas, á las que todos acompañan con vibrante pasacalle.

Don Alejandro entra preocupado por si Olavide fuera capaz de traicionarle. Y si no, ¿por qué estaba su señora en brazos de aquel amigo?

Entra en escena Claudio vistiendo la americana de Olavide, en cuyos bolsillos encuentra comestibles suficientes para asegurar la vida unos cuantos días á cualquier mortal. ¡Está visto! ¡El buen Olavide, es hombre que se ocupa del porvenir!

Aparece Elena vistiendo un lindísimo traje de capricho, tan elegante, como el que lucen las dos jóvenes que le acompañan.

Cantan el lindísimo terceto siguiente:

Música.

Elena. Tengo un método especial
para dar á cada cual
aquello que se merece,
y para su aplicación
os daré yo una lección
si os parece.

Las dos. Nos parece.

Elena. Pues preguntar,
que á todos las preguntas
os voy á contestar.

Las dos. ¿Si un hombre joven y rico
á brindarme amor se lanza?

Elena. Dale esperanzas.

Las dos. ¿Y si además es nervioso
y se marcha del seguro?

Elena. Dale bromuro.

Las dos. ¿Y si loco de entusiasmo
algo más pide después?

Elena. No se lo des.

Las tres. Dale, dale que le das,
dale muy poquito,
porque así lo vencerás.

Las dos. ¿Si hallas un viejo banquero
que mirándote se emboba?

Elena. Dale coba.

Las dos. ¿Y si te ofrece una alhaja
y después dice que nones?

Elena. Dale expresiones.

Las dos. ¿Y si te ha dado dinero

y te lo pide después?

Elena. No se lo des.

Las tres. Dale, dale que le das,
dale muy poquito,
porque así lo vencerás.

Sucédese una bronca entre Claudio y uno de los parroquianos, y al fin éstos se indignan en tal forma que serían capaces de hacer trizas al pobre Olavide, á quien acusan de envenenador, si don Alejandro no se interpusiera.

Y todo termina en que Claudio se vá con Elena, convencida ésta de que no sirve para divette, y aquél, de que nunca será buen cocinero, y en que doña Olegaria y don Alejandro, ocultan en lo *recóndito* su pasión y se prometen no prodigar tanto la fruta y cuidar un poco más de la vajilla.

Y anuncian ambos al público que desde entonces en aquella casa habrá un servicio tan excelente, que los comensales no habrán de tener motivo de queja; y si es que quieren convencerse, que vuelvan cuando gusten por LA HOSTERÍA DEL LAUREL.



171

y lo pide después
 No se lo des.
 Las tres. Dale, dale que lo das,
 dale muy pronto,
 porque así lo van a dar.

Suédate una bronca entre Claudio y uno de
 los partidarios y si no estás se indagan en
 tal forma que sería capaz de hacer trizas al
 pobre Claudio, á quien acusan de envenenarlo.
 si don Alejandro no se interpusiera.

Y todo termina en que Claudio se va con
 tanta convicción esta de que no sirve para
 nada y aquel de que nunca está bien con los
 otros y en que don Alejandro y don Alejandro,
 están en lo verdadero su pasión y su promesa
 no cambiar más la fe y culpar un poco más
 de la culpa.

Y terminan ambos al público que de la en-
 tonces en adelante van dando un servicio tan
 excelente que los comensales no habían con-
 tenido motivo de queja, si es que alguna vez
 se quejase que vuelvan cuando estén por la
 mañana del día.

